

la estepa florecida

Paola Reta



poesía

Hay un jardín adentro

Es un milico desbocado

el que tengo adentro.

Me pongo gris, ¿sabés?

la mirada me pisa con sus botas

lo denso viene de adentro

de lo que pienso

el cuerpo se me hace traje viejo,

es tan difícil amar el mundo desde acá

que el corazón se alegre panza arriba

como perrito cuando llego,

porque llego, ¿sabés?

con tu dedo acusador me alejo

pero vuelvo

con el perfume del tilo

en el jardín de la casa de mi infancia

puedo ir a buscarme y abrazarme,

invitarte a pasar esta tarde de otoño

y sentirme entera con mi claroscuro.

Lo propio

¿Qué será

lo que me deja

al revés

y trae la muerte

como pliegue

que le descubre los pies

a la noche?

¿Qué me desnuda

de guardias

y quedo

a contrafrente en sombra

asustada

mirando el otro lado,

y no entro

en el aliento

que anima

al poema?

La pianista

Mi hermana toca el piano de la casa materna
y el rostro de mamá baila en su melodía
el miedo se hace un bollito de papel y de luz
mientras la fuerza de las abuelas ríe y baila.

Anhelo de tardes de la infancia
acompañadas por un vals

Alma, si tanto te han herido

mamá
y el piano ilumina voces
que despeinan risas
y le ganan a la muerte.

Desvío

“Escoliosis,
una desviación en
la columna vertebral”, explicó el doctor
y a mí se me desvió el alma.

El día de mi operación
entré a cirugía y desperté
como si mi columna
fuera el tobogán naranja
de la casa de mi infancia.

Me deslicé a la poesía.
Fui de quien era a quien soy
abriendo el corazón
en el juego.

Entre vértebra y vértebra
me crecieron plumas
y hecha pájaro
inventé otro lenguaje.

Mi columna quedó
derecha y sostenida
pero la cicatriz
que altera la geografía

de mi espalda

me recuerda el desvío,

la indomable kundalini

que viaja en espiral

de quien era a quien soy,

llamándome.

Ave caserita

Que mi cuerpo

se haga nido,

casita de barro

quisiera

como hornero

construirme un refugio,

manos cóncavas

y en ese huequito

de tierra húmeda

maternar versos

o hijos.

Que mi canto sea

trino constante

ki ki ki,

albañil de árboles

donde anidar brotes,

amanecer en bandada

y entre gorjeos y arrullos

lanzarnos a volar.

La voz de la sangre

Mamá teje,

y las lanas suenan a río.

Las manos sobre las agujas,

los hilos corren

como agüita

entre las piedras.

Punto arriba, abajo

mamá teje,

las lanas entrelazan

su corazón de río

que es cauce,

punto arroz

memoria

teje y teje

y todos nos vamos

haciendo telar

o abrigo de familia,

nos vamos volviendo

un poquito agua

en su tejido

que nos reúne

y nos nace.

Mamá teje,

como una diosa

teje,

y su tejer se me hace

arrullo

compañía

voz.

Comunión

La trenza cosida peinaba las dudas en mi cabeza,
vestido y zapatos blancos.

¿Qué parte del cuerpo de Cristo me como, mamá?

No había comunión con la metáfora,
mis nueve años comulgaban con un sagrado
que no estaba en ese altar
ni en el perfume de las flores
que adornaban los bancos
ni en la ansiedad de mis compañeras.

Niña loba,
oveja negra de piel de barro y corazón salvaje
celebraba la gracia divina
corrida del miedo y la imposición.

Virgen niña de razón profana,
en el espanto de la eucaristía no está Dios.

Stapelia Grandiflora

Irrumpir

como la flor

al cactus,

irrupir con belleza

la aridez

el hastío,

interrumpir atrevida

la lluvia

el encierro,

suspender los monótonos

partes diarios

monocromáticos

grises.

Dejar que la belleza

se filtre

como rayito de luz

entre las sombras

y se imponga

como chicharra a la

hora de la siesta,

como cachorro lamiendo

la cara abatida del amo,
como llanto estridente
de sed
de hambre
que pide otro mundo.

El corazón del carozo

Un carozo hundido
en mi corazón
me despierta al alba,
húmeda imagen
se me aparece
carnosa
y mi mano profundo
toca
como amasando el corazón
del carozo
que se vuelve
lugar adonde ir
cuerpo adentro
a escuchar los sonidos
antes de ser palabra,
las voces
antes de ser lenguaje,
a mí,
antes de ser nombrada.

Nombre propio

Me acerco a mí
como quien llega a una tierra
desconocida,
las ampollas en la planta de mi pie
me invitan a detenerme
y estoy llena de voces ajenas,
malezas
que iré arrancando.

Mi trabajo ahora
es limpiar el terreno
para poder habitarlo,
no olvidarme que el anhelo
es siempre singular,
un sol que se levanta
no se repite
y hace reverdecer
a todas las tierras del mundo
que miran el horizonte.

Senderito del edén

Ahora

limpiás tu casa,

hacés lugar y soltás,

atrás queda

esa mirada endurecida.

Hoy tus ojos

son de terciopelo,

te sentís

cercano a la muerte

y me decís

“a mi edad...”

con ese futuro corto

en las manos

sacás las fotos más lindas

de las flores de tu jardín

y me las regalás.

Me gusta parecerme a vos,

papá,

los dos aprendimos

a abrir el corazón

y florecer.

Me llevás ventaja,
caminás delante
en este senderito
del edén.

Me gusta conocerte
ahora
hecho flor,
siento que el miedo
se ablanda,
y la vida toda
amanece primavera.

¿Lobo está?

El miedo oculto hace tantos años
desde su guarida me deforma.

Hoy quiero invitarlo a jugar

hacernos niños él y yo,

hamacarlo

hacerlo correr

tirarnos al pasto de cara al sol,

pedirle mi anhelo

y preguntarle mi nombre.

Lobo, ¿estás?

Ofrenda

Alguien que no conozco

escribió en la puerta de mi casa

“Existir es resistir”

y unas hojitas de árbol

bamboleándose

acompañan la frase.

Desde hoy, cada vez que cruce el umbral,

ese verso acompasaré el día,

se hará aleteo de pajarito revolucionario.

“Existir es resistir”

y un pibe escribe

su dura biografía en un rap,

mamá muestra

las chinitas florecidas

“hasta que llueva”, dice

“existir es resistir”

y vos, amor

encontrás una bella mariposa

temblando en el piso de la vereda,

con mucha delicadeza la posás

sobre el jazmín estrella,

a ver si se hecha a volar

con el próximo viento fuerte.

Manclura

Esferas irregulares verde amarillentas

extendidas por el pasto,

frutos que no se pueden comer

y en su interior guardan semillas

para esparcirse, pero no.

Ya no la era de las bestias,

mastodontes, mamuts y gonfoterios

que comían este fruto

y propagaban su especie.

Ahora es pura energía a la intemperie,

fruto abierto a la podredumbre propia

de la muerte.

Aparentan suavidad estos frutos de manclura,

tienta llevarlos a la boca, su dureza

desencanta la magia

y aprendo: puedo florecer

a destiempo,

y no estar

para mi propia cosecha.



Paola Reta nació el 5 de enero de 1979 en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Descubrió la poesía de chica. Tenía aproximadamente 12 años cuando leía en voz alta textos poéticos que encontraba en la casa de su infancia y comenzó a escribir. Se graduó en Letras en la Universidad de Buenos Aires, se formó en diferentes talleres literarios y participó en algunas compañías teatrales como coautora y actriz. Actualmente ejerce la docencia en diferentes instituciones de nivel secundario y superior.

